



Meditación 6

**Volver al**

**NOSOTROS**

P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.



Nadie es una isla, completo en sí mismo.  
Cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la tierra.  
Si el mar se lleva una porción de tierra,  
toda Europa queda disminuida como si fuera un promontorio,  
o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia.  
La muerte de cualquier hombre me disminuye,  
porque estoy ligado a la humanidad.  
Por consiguiente,  
nunca preguntes por quién doblan las campanas,  
pues doblan por ti.»

(John Donne)

**C**uando era niño se enseñaba en las escuelas algo que para la mente concreta de un pequeño era difícil de entender: que la familia era la base de la sociedad. La sociedad es un concepto abstracto, formal, y la idea de que tuviera una base, era aún más abstracta. Sin embargo, de alguna manera el niño que uno era, terminaba entendiendo que lo más importante de nuestro mundo no era cada uno en su soledad, sino todos juntos haciendo grupo, haciendo parte de algo que nos afecta a todos. Era el comienzo de un descubrimiento crucial: el hecho de que lo importante no es el YO, sino el NOSOTROS.

En los últimos años esta cultura posmoderna y burguesa en la que vivimos, ha exacerbado todo lo individualista y ha ido demoliendo progresivamente las experiencias comunitarias y colectivas. Durante centurias la humanidad vivió en familias, clanes, aldeas, comunidades, iglesias, pueblos, naciones con claros sentimientos de que esos grupos eran fundamento y raíz existencial y que por ellos valía la pena darlo todo, incluso la vida misma. Pero, de repente, llegó una nueva época marcada por la absolutización del yo y de los intereses del yo. La base de la sociedad pasó a ser el individuo. Cada uno con los gustos y los intereses de cada uno. Cada uno en su habitación con sus cosas. Cada uno defendiendo su tiempo y su espacio. Cada uno considerando primero lo suyo que lo de los demás. Cada uno preocupado por lo que le atañe. Cada uno peleando por lo que le afecta y desimportándose de lo que afecta a los otros. Cada uno defendiendo sus caprichos, aún al precio de que tales caprichos afectaran negativamente a los demás. Cada uno imponiéndose a codazos para obtener su lugar. Cada uno abstraído en su pequeña pantalla, aún rodeado de los que decía amar. Cada uno atesorando según sus propias conveniencias, sin interesarse demasiado por quienes poco o nada podían tener. Cada uno pensando su vocación no para servir, sino para servirse a sí mismo. Cada uno amando no para dar algo de sí, sino para reclamar mucho para sí. Cada uno sintiendo gigantes sus propios problemas y considerando que las penas de los demás no eran mi problema. Cada uno haciendo su mercado, sin el escrúpulo de dejar sin mercado a los demás. Cada uno gastando y gastando lo que le apetecía y consumiendo y consumiendo a placer, sin plantearse en dejar suficiente para otros que vinieran después. Cada uno con su concepto muy personal de Dios, sin experiencia de comunidad, sin hacer parte de un grupo que confiese la misma

fe, sin acercarse a los demás para celebrar juntos y crecer en fraternidad. Cada uno sin escuchar el doblar de las campanas, pues, mientras no doblaran por uno mismo, es como si no doblaran por nadie más.

Y viene ahora esta realidad, esta crisis que estamos viviendo, y nos recuerda que nadie es una isla, que lo que pase en un lugar afecta a los demás, que la pena y la enfermedad de unos, tarde o temprano se convierte en la pena o enfermedad de todos. Y así, en cuestión de meses, a regañadientes y sin estar preparados, la situación mundial nos ha pasado del cómodo mundo egoísta del yo, al mundo del nosotros en el cual, todos nosotros estamos interconectados, todos nosotros nos necesitamos y nuestra única oportunidad depende de que nosotros pensemos en nosotros, nos sintamos nosotros y hagamos como nosotros lo que tenemos que hacer por y para nosotros. Habíamos olvidado que no estamos solos en el mundo, que el centro de éste no era cada uno con sus intereses individualistas, que la suerte mía depende de la suerte de todos. Lo habíamos olvidado y este momento, esta cachetada que nos está dando la historia, nos está haciendo volver al hecho de que nosotros somos un nosotros.

Es verdad, va a costar mucho volver a aprender a vivir como un nosotros.

Hay quienes se encerrarán en sus habitaciones consigo mismos y punto.

Hay quienes se atontarán mirando su pequeña pantalla, jugando con ella, abstraídos en ella.

Hay quienes se esconderán detrás de unos audífonos que no les permitan escuchar más voces que la propia.

Hay quienes acapararán para sí, sin pensar en los demás.

Hay quienes estarán en sus vacaciones, mientras los otros están en cuarentena.

Hay quienes enviarán por redes sociales chistes tontos, mientras de un día para otro mueren más de seiscientas personas en un solo país.

Hay quienes evitarán contagiarse, pero no contagiar.

Hay quienes querrán ser atendidos de primeros, pero no pensarán en atender.

Hay quienes querrán ser servidos, pero no servir.

Y es que tenemos tan grabado a fuego en nuestro ser que lo primero es lo propio, que nos va a costar mucho entender que lo primero es lo de todos, y que lo importante no soy yo, sino que lo importante somos nosotros.

Hay algo muy bello de la fe cristiana: la experiencia de comunidad. Dios, Uno y Trino, no es soledad, sino comunidad. Cristo no fue un héroe solitario, sino aquél que quiso salvar haciendo comunidad, entregando su amor en comunidad, lavando los pies de los miembros de su comunidad y enviando su Espíritu sobre la comunidad reunida en oración. El mandamiento de la fe cristiana habla justamente de ese amarnos los unos a los otros con el mismo amor con el que Jesús no buscó ser amado Él, sino darlo todo para amar a todos. De hecho, una de las cosas que ha afectado la experiencia de fe cristiana en los últimos tiempos, es ese individualismo craso que ha hecho que muchos no entiendan que a Dios se le vive con los otros, en unión a otros, entrelazado a los otros, compartiendo la vida, la fe, la esperanza y el amor con los otros. Este hombre yoísta de esta época se ha empeñado en hallar un dios solipsista, una energía individual que le aporte equilibrio o paz al sí mismo, y se volvió incapaz de unirse a los otros para encontrar en el sacramento del nosotros, a Aquél que es la plenitud del amor y, por ende, es un maravilloso nosotros eterno.

Pues bien, aquí tenemos ahora la oportunidad bendita de volver al nosotros. No vivamos estos días cada uno con uno mismo, sino haciéndonos nosotros con nuestra familia, cuidándonos nosotros, preocupándonos por nosotros, pensando en el bien de nosotros, sacrificando cosas de sí mismo, para privilegiar lo mejor para nosotros, sabiendo que estas penas son de todos nosotros; pero que nuestra esperanza depende también de todos nosotros. Y es que esta enfermedad nos puede dar a todos nosotros y, justamente por eso, somos todos nosotros los que tenemos que luchar por sanar.



Hermanos:

Si hay un estímulo en Cristo  
y un aliento en el amor mutuo,  
si estamos unidos en un mismo espíritu  
y si tenemos un cariño tierno,  
háganme feliz del todo y anden de acuerdo,  
teniendo un amor recíproco  
y un interés unánime por la unidad.  
No obren por egoísmo ni por presunción.  
Cada cual considere que los otros son superiores.  
Y nadie busque únicamente lo suyo,  
sino busquen siempre lo mejor para los demás».

(Filipenses 2, 1-4).



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

**ESCOLAPIOS NAZARET**

"Educación en Piedad y Letras"